





CUATRO HERMANOS DE AUVERNIA

*Misioneros
en Colombia*

***LOS HERMANOS JOURDON
DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS***

CUATRO HERMANOS DE AUVERNIA MISIONEROS EN COLOMBIA

Equipo Editorial

*Hno. César Andrés Carvajal Castillo, fsc.
Lic. Gildardo Cortés González.*

Traducción texto

**Quatre Freeres D'Auvergne
Missionnaires en Colombie**
Hno. Bernardo Montes Urrea, fsc.

Diagramación y diseño

David Sebastián Castiblanco.

Corrección de estilo

Alexander Clavijo Berrío.

Fotografías

*Texto Quatre Freeres D'Auvergne
Missionnaires en Colombie*

Impresión

OP IMPRESORES
Enero 2019

*Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra*

*Liceo Hermano Miguel La Salle
Colección Pizarra: LHEMI N° 4
2019*

Introducción

El hno. Genest Archer, autor de esta piadosa historia, declara al terminarla que reconoce la insuficiencia de su texto. Los lectores pensarán lo contrario, porque su relato es vivo y, a pesar de la complejidad de hacer revivir a cuatro héroes en el mismo folleto, ha sabido realizar su trabajo con claridad admirable.

Me complace felicitar a los familiares de los cuatro hermanos Jourdon y, sobre todo, a su sobrino Juan María Tardieu (actualmente, hermano en religión Henri Charles), por haber pensado que el ejemplo de estos cuatro misioneros sería un gran honor para la familia y una atracción para el posible lector: ¡Es la trasmisión de un mensaje!

*A 25 de marzo de 1979, fiesta de la
Anunciación de María.*

***Hno. Nicet José
Exsuperior general***



*Busto de san Juan Bautista de la Salle,
fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.
Escultura del hermano Benjamín.*

CUATRO HERMANOS DE AUVERNIA MISIONEROS EN COLOMBIA

Los hermanos Jourdon de las Escuelas Cristianas

Preliminares

Hemos agrupado en este ensayo información concerniente a cuatro hermanos de las Escuelas Cristianas, originarios del municipio de Sénézergues y pertenecientes a la familia Jourdon. Esta comarca francesa, que permaneció profundamente cristiana, a pesar de las múltiples vicisitudes de las guerras y de las revoluciones, forma parte de la Châtaigneraie, es decir, del cantón de Montsalvy (Cantal), ampliado por varios cantones vecinos de San Mamet y de Maurs la Jolie.

Las guerras de religión contra los ingleses, las más recientes bajo la Revolución del Imperio, han marcado a Francia, dejándole huellas profundas apenas desaparecidas a finales del siglo pasado. La historia de los Enharinados de Cassanouze ha perdurado en los habitantes hasta nuestros días, porque los cristianos insumisos al Concordato de 1801 entre Napoleón y el papa Pío VII tuvieron descendientes que no reconocieron su error sino hasta 1911. Monseñor Lecoœur, obispo de Saint-Flour, los reconcilió con Roma y fue así como la “pequeña iglesia” dejó de existir.

La historia del cantón de Montsalvy se confundió finalmente con la historia general. Con todo, la fisonomía del país aún se caracteriza por los numerosos bosques de castaños, la originalidad de sus gargantas y de sus montañas, donde se sienten revivir los recuerdos del pasado, y el encanto misterioso de las cosas muertas y de los castillos en ruinas.

Las diferentes parroquias del cantón han permanecido vivas y han dado numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras, especialmente en el curso del siglo XIX, así como eruditos y sabios: mons. Castanier, arzobispo de Osaka, en Japón; el canónigo Montarnal, director de la Educación Católica Diocesana; Marcelino Boule, paleontólogo; Ramón Cortat, letrado; y Juan de Bonefon, historiador, por no citar sino algunos de los contemporáneos.

Deseamos en estas modestas páginas señalar la vocación misionera de cuatro hermanos Jourdon, salidos de esta tierra cristiana, que han llevado a América del Sur; a Colombia la grande, su dedicación y su celo por instruir y educar en la fe a las jóvenes generaciones de este país lejano, eso durante la mitad de nuestro siglo.



*El valle del Auze, lugar de origen de los hermanos Jourdon.
El castillo de Sénezergues (Chantal).*

— Capítulo I —

La tierra natal

Los orígenes. En un valle del cantón de Montsalvy, no lejos del gran pueblo de Cassaniouze, se extiende el municipio de Sénezergues y se yergue un castillo del mismo nombre. De lo alto de las colinas vecinas, este castillo parece construido en un bajío, cuando en realidad, domina una cañada exuberante donde las aguas pasan por las gargantas del Auze, no lejos de su confluencia con el Lot. Cuando el viajero llega por el camino que sube de Junhac, el paisaje impresiona por lo pintoresco, y él observa estupefacto. El caserío de Leygues que acaba de alcanzar es un sitio extraordinario desde donde la mirada abarca una agradable perspectiva: al sur, el horizonte está cerrado por las alturas de Montourcy; y más a la derecha, por el mirador del Prat que domina el confluente del Auze y el Lot. Retengamos estas circunscripciones, porque es allí donde habitan los descendientes de la familia Jourdon.

Esta familia habitaba entonces la aldea de Leygues. Los padres, profundamente cristianos, no eran más que humildes campesinos que vivían del producto de la finca donde practicaban la cría de ganado y la agricultura, como todos los aldeanos del país. Contiguo a la casa de habitación, con el pajar encima, se encontraba el establo de las vacas lecheras; muy cerca, se apreciaban las construcciones anexas, excepto la porqueriza y el gallinero, que no constituían nada comparable a las construcciones de la planada o aun de los menores dominios de la fértil Limagne.

En esta segunda mitad del siglo, tanto bajo la tercera república como bajo el Imperio, las leyes sociales no favorecían nada a las familias numerosas: ni seguridad social, ni subsidios familiares, ni becas escolares. Pero la gente de entonces vivía de su fe y de su trabajo, aceptando las cargas familiares. Numerosos hijos llenaban los hogares de los agricultores, humildes campesinos que vivían de poco, pero que estaban felices con su suerte.

Los Jourdon tuvieron nueve hijos: seis hombres y tres mujeres, una de las cuales vive todavía, demostrando las virtudes de la raza robusta de los campesinos de Auvernia. Todos vieron la luz sucesivamente: José en 1874, Noel en 1875, Luis en 1876 y, un poco más tarde, Benjamín en 1885. Los otros cinco fueron tan bien acogidos como los mayores y todos fueron prontamente bautizados en la iglesia. ¡Qué honor contar con tan bellos hijos, pero también qué carga! Todos con buena salud crecían en el ambiente de un hogar cristiano donde se comenzaba y se terminaba el día con la oración en común.

Con todo, la vida seguía siendo dura, se necesitaba mucha valentía y abnegación para atender todas las necesidades. Desde que los muchachos llegaban a los 10 u 11 años, se les ponía, en temporada buena, a cuidar los rebaños en algunas granjas vecinas. Allí los alimentaban y vigilaban, mientras prestaban servicios y traían algunos escudos al retornar al hogar. Naturalmente, frecuentar la escuela no resultaba fácil, tanto para los Jourdon como para familias de otras partes. Noel, el menor, no sabía ni siquiera leer a los 19 años, lo cual no era nada raro en la época, mientras la piedad y el amor al trabajo eran el honor para estos niños; de manera que, aunque no se instruían mucho, aprendían a trabajar con sus manos. Sin embargo, seguían con dedicación los cursos de catecismo en la parroquia, donde aprendían las oraciones y los rudimentos de la doctrina. A los 12 años, eran admitidos a la primera comunión, que se constituía en la cima de los estudios religiosos y en la entrada a la adolescencia.

Vocaciones en cadena. José, el mayor de los muchachos, creció en este ambiente de austeridad, se entregó desde temprano a los trabajos del campo para ayudar a resolver las necesidades del hogar. Durante su servicio militar, fue alcanzado por una grave enfermedad que lo redujo al extremo. De vuelta a la aldea, después de su curación, recuperó poco a poco la salud y luego se puso al servicio de un molinero no lejos de la granja paterna.

Mientras tanto, su hermano Noel, trabajaba en los campos. Cierta día, Noel, “el sabio de la casa”, en medio de una reflexión, se dijo a sí mismo: “Nosotros no vamos a la escuela; yo voy a tener 19 años y todavía no sé ni leer ni escribir. ¿Será demasiado tarde? ¡Iré al pueblo de Cassaniouze y hablaré con el director de la escuela!”. En efecto, desde octubre de 1895, los hermanos De La Salle se habían encargado de la escuela privada de la localidad y agrupaban a la mayoría de los muchachos, mientras las mu-

chachas iban con las hermanas. El hermano Genesí, originario de Cantal y antiguo director de la Escuela de Olliergues, en el Puy de Dôme, dirigía ahora esta escuela rural, donde los superiores contaban con el beneficio de un buen reclutamiento de hermanos. No se equivocaban, como el futuro lo probó, pese a las nubes sombrías que ya se aglomeraban en el horizonte y anunciaban las leyes perseguidoras de 1904.

Esta pequeña escuela, bien vista en el territorio, recibía a los muchachos del pueblo y de las aldeas vecinas; los trayectos se hacían a pie y los niños venidos de bastante lejos tomaban su almuerzo en la escuela como camaristas, o incluso en casa de alguna familia amiga del pueblo. Los hermanos de la comunidad no podían asumir las cargas de un internado; tenían solamente dos clases con varias divisiones, la cocina y el jardín. Desde el primer año, acudieron numerosos alumnos, felices de abrirse a una minicultura intelectual.

Noel Jourdon fue uno de los primeros en frecuentar esta escuela; se le concedieron condiciones especiales debido a su edad, y él no sintió vergüenza de deletrear en el silabario y aprender las tablas de multiplicar con los niños. Pues bien, en presencia de este joven, inteligente y lleno de buena voluntad, el hermano director vio rápidamente el germen de una vocación, por lo cual, un día cualquiera, le dijo sin rodeos: "Veamos, amigo, ¿no le gustaría ser hermano como yo?". –Me gustaría mucho–, respondió, –pero con mi atraso, ¿qué podrán hacer de mí?

Ya podremos imaginar lo que siguió. Poco tiempo después, en el curso de la primavera de 1896, Noel Jourdon partía para el Noviciado de los Hermanos de Clermont, ubicado en pleno centro de la ciudad, en la calle de los Jacobinos, en los locales actualmente ocupados por el Colegio Godfredo de Bouillon.

La partida de Noel causó impresión, como se puede pensar, y hubo reacciones en cadena. José, su hermano mayor, entonces empleado en el molino del Auze, se sintió atraído por el mismo estilo de vida. ¿Maestro de escuela? Sin duda él no lo sería nunca, dado su gran atraso, pero podría prestar servicios de otra manera. Resolvió, pues, unirse a su hermano en el Noviciado de Clermont, ciudad conocida hoy por ser la capital del caucho, con sus fábricas Michelin.

Asegurada esta conquista, su hermano Noel, convertido en el hermano Geric Noel en la toma de hábito, se preguntó si otro de sus hermanos podría considerar la misma carrera. Luis, el tercero de la familia, adolescente mayor, mordió con gusto el anzuelo; él también era piadoso, pero tímido, como les sucede a menudo a los niños educados en el campo, lejos de la vida trepidante y afiebrada de los ciudadanos. Pero había una dificultad: Luis estaba ligado por un contrato de alquiler al servicio de un granjero.

Sin embargo, como se trataba de una vocación, los patronos, como buenos cristianos que eran, le dieron la libertad, y Luis, lleno de alegría, pudo unirse a sus hermanos mayores en el Noviciado. El 2 de noviembre de 1896, los Hermanos de Clermont vieron llegar a este joven, alto y fuerte, poco instruido, pero generoso e intrépido. Él también va a estar muy complacido en su nuevo estado de vida, porque entrevé, sobre todo, el futuro: ¡el Noviciado no es más que la entrada en la vida religiosa!

He aquí, pues, a tres hermanos Jourdon en la vía ascendente de los religiosos apóstoles de la infancia; sin embargo, todavía no saben que serán misioneros. El futuro solo se descubre poco a poco: el primer compromiso aceptado generosamente lleva a otros y es así en la vida de los apóstoles, como lo hizo el fundador de los hermanos, Juan Bautista de la Salle.

“¡Ustedes toman el cielo y me dejan la tierra!”, exclamó Benjamín el joven hermano de san Bernardo, viendo partir a sus hermanos mayores para hacerse monjes; aunque tiempo después, también decidiera unírseles. Este, el cuarto hijo de los Jourdon, estaba mucho más joven y no había hecho aún la primera comunión, por lo cual esperó, entonces, que de Clermont le enviaran alguna señal, lo cual no tardó mucho, porque en el Noviciado Menor de Montferrand, los hermanos recibían a chicos de 12 años para hacer los estudios, al tiempo que se considera la carrera de educadores religiosos. Este último joven, llamado Benjamín e iniciado desde temprano en los estudios, daría inmediatamente muestra de disposiciones reales y se convertiría en una modesta estrella en el cielo de los hermanos misioneros.

He aquí cómo cuatro hijos de la Châtaigneraie entraron a la familia de los hermanos de San Juan Bautista de la Salle. Ellos llegarían a ser los cuatro hermanos Geric, generosos y fieles, que se irían lejos a ejercer su apostolado según las directivas de la obediencia. Estos son sus nombres en orden de edad: José, Noel, Luis y Benjamín (llamado Juan en la familia). Todo esto sucedía a finales del siglo, cuando la congregación lasallista alcanzaba su apogeo en Francia, con la canonización del fundador de más de 80 escuelas solamente en París.

Ciertamente, han existido o existen otros ejemplos de varios religiosos salidos de la misma familia. Citemos, para que conste, a los seis hermanos Burot de Besançon, los cinco hermanos Pambon de la región lionesa, los cinco hermanos Trincal de Saugues, los cuatro hermanos Tissot de Saboya, los cuatro hermanos Grenier de la Haute Loire...

Si nos limitamos a la Châtaigneraie, al sur de Aurillac, constatamos que casi todas las parroquias proporcionaron hermanos. Para la memoria se destacan:

- De Junhac, seis hermanos, entre ellos los Malvezin.
- De Marcoles, cuatro hermanos, entre ellos el hno. Gervinus, di-

rector de novicios.

- De Ladinhac, al menos seis, entre ellos los hnos. Benech.
- De Sénezergues, los hnos. Jourdon y su sobrino.
- De Casaniouze, una decena: los Montserrat, los Mombroussous, los Pons, los Troulier, entre otros.
- De Boisset, el botánico hno. Heribaud José, tío del cardenal Verdier.

Para ser justos, debemos señalar aquí la acción decisiva de las damas de Chantal en su casa de acogida en Aurillac. Esta fue para los chicos bien dotados, venidos del campo, la ocasión de comenzar estudios serios con vistas a la orientación al sacerdocio o con los hermanos.



*Los cuatro hermanos Jourdon de las Escuelas Cristianas.
De izquierda a derecha: Noel, Luis, José y Benjamín (Juan).*

— Capítulo II —

Antes del exilio de los cuatro hermanos

El hermano Geric José. Al salir del noviciado, después de su año de probación religiosa, no había ninguna posibilidad de que lo pusieran a estudiar, pues el instituto necesitaba trabajadores manuales, hermanos sirvientes, se decía entonces, para el mantenimiento y la buena marcha de los hogares de ancianos. Hay que saber que, en estos grandes conjuntos, estaban todas las comunidades de aspirantes o de novicios menores, las de novicios y las de escolásticos, al lado de los hermanos ancianos y jubilados. Entre los religiosos de todas las edades, se veía muy útil tener especialistas voluntarios para las actividades manuales, fuera en el taller o en el jardín. Los hermanos del temporal tenían entonces su lugar, sobre todo si eran robustos, inteligentes y hábiles. Fue así como los Jourdon, entrados un poco tarde para dedicarse a los estudios, fueron destinados principalmente a trabajos manuales; solamente Benjamín, que había recibido los cursos regulares desde su infancia, los siguió con honor para hacerse arquitecto diplomado de la Escuela San Lucas de Bruselas. Pero no nos anticipemos y sigamos con el hno. Geric José.

Al salir del noviciado, fue ubicado en la comunidad de Nuestra Señora

del Puerto, donde los hermanos dirigían la escuela parroquial. Allí se le encargó el economato y la cocina. En estos últimos años, se había abandonado el sistema de una comunidad central a los Jacobinos, de donde partían cada mañana los hermanos encargados de las escuelas de barrio. No regresaban sino por la tarde, después de haber pasado la jornada en la escuela y tomado el almuerzo en este mismo lugar. Cada escuela se había vuelto independiente y los hermanos acosados por las fatigas de la clase podían descansar mejor asegurando siempre plenamente sus ejercicios religiosos. José permaneció poco tiempo en el Puerto porque, a la salida del noviciado, su hermano Noel y él mismo fueron designados para formar parte de la gran ciudad de San Andrés, en Clermont. Los hermanos dirigían en la Parroquia de Chamalières, una escuela de horticultura que recibía también huérfanos, de donde sale el nombre de Orfelinato San Andrés. Esta obra filantrópica tenía la aprobación de las autoridades oficiales, y allí se formaban especialistas, de manera que los jóvenes egresados eran inmediatamente colocados en las fincas y castillos de la comarca. Desgraciadamente, la obra cayó bajo los golpes de la Ley Combes de 1904 y el establecimiento cerró sus puertas en 1911. Los extensos jardines de la propiedad, retomados por la ciudad, sirvieron de espacio para la construcción de los edificios de la Escuela Profesional Amadeo Gasquet.

Fue así como los hermanos José y Noel hicieron allí, por así decir, su formación de jardineros y de floristas horticultores. Este periodo fue tanto para ellos como para Luis, quien se les unió después de su noviciado, la ocasión perfecta para tener un complemento de formación religiosa. En efecto, esta comunidad era ferviente y de una regularidad casi perfecta; había allí un semillero de futuros directores, que poseían claramente el doble espíritu de fe y de celo que caracteriza a los discípulos de San Juan Bautista de la Salle.

Al mismo tiempo, su vocación se afirmaba, su dedicación se manifestaba y los superiores podían juzgar su valor humano y religioso, con miras a puestos que les podrían confiar. Cada uno de estos jóvenes religiosos aprendía a conocer más el instituto de los hermanos, así como sus obras por votos de religión, las cuales primero eran anuales y luego trienales. Más tarde, y teniendo en cuenta que el Derecho Canónico de 1918 no admitía religiosos sin vínculos, y después de llevar cinco años de votos temporales, el hermano Geric José debía escoger entre seguir la profesión perpetua o la vuelta a la vida secular.

Nuestro cohermano se encontraba en San Andrés cuando se aprobó la ley de 1904 que suprimía la enseñanza congregacionista en Francia. Fue así como los cuatro hermanos resolvieron expatriarse para salvaguardar su vocación y continuar su apostolado.

El hermano Geric Noel. Ya dijimos que él fue el primero en partir y que

fue, en cierta manera, el imán que atrajo sucesivamente a sus hermanos. Desde su llegada a Clermont, dio una impresión muy favorable a sus formadores. Se dejó conducir dócilmente y se entregó al trabajo de la formación con voluntad firme y tranquila, sin miedo por el futuro que, sin embargo, se ensombrecía.

Inteligente, hubiera podido hacer excelentes estudios después del noviciado; con todo, vista su edad, sus fuerzas físicas y su humildad exenta de toda ambición, fue destinado a los empleos temporales y asignado primero a San Andrés. Muy pronto, sin embargo, fue retirado para ser ubicado en la Comunidad de Ussel, en Correze. La escuela de los hermanos gozaba allí de una excelente reputación, no sobrelorada y que se debía a las cualidades eminentes de su director y a la buena pedagogía de los maestros. El hno. Geric Noel se consagró allí durante cuatro años a ayudar a sus cohermanos y a servirles en la cocina, el economato y el jardín. Cuando se planteó el grave dilema de 1904: exilarse o perder su vocación, no tuvo ninguna vacilación y escogió el exilio. Su elección concordó con la de sus hermanos, entrados en religión después de él. Fue un ejemplo magnífico de generosidad ver a estos cuatro jóvenes no profesos aún escoger la perseverancia en su don a Dios, para provecho de otros jóvenes, con miras a evangelizar e instruir en el país de misión indicado.

Hermano Geric María (Luis). El tercero de los Jourdon, de nombre Luis, se unió a sus dos hermanos novicios en Clermont el 2 de noviembre de 1896, cuando tenía 20 años. Después de un tiempo suficiente de postulante, fue admitido a la toma de hábito y se convirtió en el hermano Geric María. Eso sucedía en un tiempo en que los novicios eran numerosos, bajo la dirección del hno. Nilo María, quien murió de repente en 1898.

No hemos tenido testimonios de cohermanos de esta época, pues todos han desaparecido, pero la perseverancia de la mayoría es una prueba de la calidad de su formación y de su generosidad juvenil. Al término de su noviciado, nuestro cohermano fue también vinculado a los trabajos manuales; durante algunos meses, se unió a sus hermanos en San Andrés y allí hizo el aprendizaje de jardinero, florista y arboricultor. Fue allí donde aprendió el injerto de árboles frutales, en lo que fue muy hábil a partir de entonces. Después fue enviado a Montferrand, donde aprendió la preparación de alimentos bajo la dirección del cocinero. Cuando sobrevinieron los acontecimientos de 1904, los niños del aspirantado volvieron a la familia; en cuanto a él, sin consultar a sus hermanos, se ofreció al hermano asistente y partió hacia América del Sur.

Hermano Geric (Benjamín). A pesar de lo que parecería indicar la elección de este nombre, él no era el preferido de la familia Jourdon. Vino al mundo en 1885 y tenía 11 años menos que el mayor, José. Al contrario de sus mayores, Benjamín frecuentó a una edad temprana la Escuela de los

Hermanos de Cassaniouze y a la edad de 12 años quiso partir con sus hermanos a Clermont. Llegó el 8 de septiembre de 1897 al Noviciado Menor de Montferrand, que contaba entonces con 150 jóvenes venidos de toda la región de la Auvernia, incluso de Limousin, para hacer los estudios en vistas de su posible vocación. El director era el hno. Hilarión Mártir, futuro superior provincial.

Durante cuatro años académicos siguió los cursos en los que rápidamente se puso al día, hasta que fue admitido al gran noviciado en 1901, cuando recibió también el nombre poco usual de hermano Geric, sin más. No obstante, se establecería la costumbre de llamarlo hermano Benjamín, tanto en Colombia como en Francia.



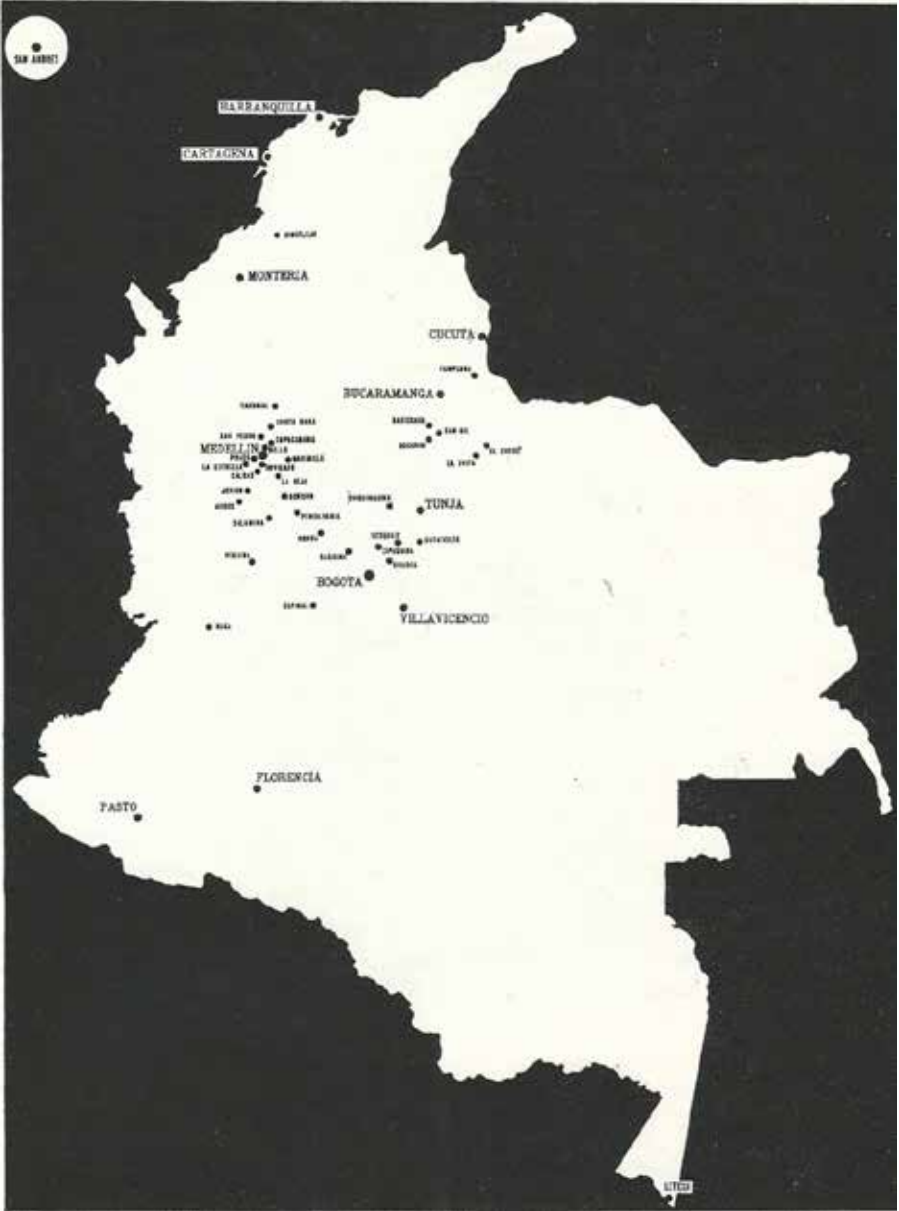
*El Niño Jesús,
otra escultura del hno. Benjamín*

Leemos en su noticia necrológica: “Sin dejar completamente una gran timidez, adquirió sólidas convicciones religiosas que le permitieron superar las pruebas de la vida y asegurar su perseverancia”. Después de una breve permanencia en el Escolasticado de Montferrand, fue enviado a la escuela de Viverols, abierta recientemente, al igual que la de su tierra natal. El director, hno. Helión, era un educador extraordinario que sería posteriormente misionero en Colombia y visitador de los hermanos de este país; por desgracia, murió allí en 1917, ahogado al atravesar una quebrada crecida.

Nuestro joven cohermano tuvo éxito de entrada con los niños y no tardó en ser enviado como maestro de la cuarta clase en la escuela de Thiers. Allí tampoco permaneció mucho tiempo, porque los superiores lo consideraron capaz de hacer estudios más largos, razón por la cual lo enviaron al Escolasticado de Lembecq, donde se encontraba la nueva casa madre. Allí había dos grupos de estudiantes: los que se destinan a las misiones de lengua española y aquellos para las misiones de lengua inglesa. Paralelamente, se perfeccionan en la lengua francesa y los más avanzados presentaban las pruebas del diploma de enseñanza.

Cuando terminó su sesión de estudiante, Benjamín no pidió su regreso a Francia, donde sería obligado a secularizarse, sino que prefirió seguir a sus cohermanos en la misión. La obediencia lo destinó a Colombia, como a sus tres hermanos.

Así fue como al fin del año 1904, nuestros simpáticos cohermanos de la Châtaigneraie cantaliana van a encontrarse manos a la obra en esta tierra lejana, pero atrayente de América del Sur.



Colombia lasallista

Los hermanos Jourdon en Colombia

R*ecuerdo histórico.* Para aclararle al lector no informado, digamos unas palabras sobre el establecimiento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en este país, tan extenso como dos veces la península ibérica.

El Ecuador, uno de los países vecinos al sur de Colombia, había tenido el primer establecimiento de los hermanos en 1863, gracias a la intervención del presidente Gabriel García Moreno. En 1874, se abrió una escuela en Pasto, no lejos de la frontera; hubo inmediatamente una alta afluencia de alumnos, pero los disturbios políticos del momento llevaron a su clausura.

Fue solo hasta 1890 cuando el obispo de Medellín, mons. Bernardo Herrera, obtuvo el regreso de los hermanos y los instaló en su ciudad. Este príncipe de la Iglesia había hecho en Francia buena parte de su formación, en el Seminario de San Sulpicio, y conocía al honorabilísimo hermano José, superior general. La mencionada escuela se llamó San José, pues se inauguró el 19 de marzo, en la fiesta de este santo. Ahora bien, poco tiempo después de su apertura, mons. Herrera fue trasladado a la sede arzobispal de Bogotá, donde logró traer nuevamente más hermanos para establecerlos en el centro político del país. Esta escuela llevó el nombre de San Bernardo, en honor a su fundador.

Sabemos que las crisis políticas eran frecuentes en estos nuevos países de América, y Colombia no era la excepción. De nuevo estallaron disturbios en 1894 y la guerra civil, que duró tres años, recibió el nombre de la “Guerra de los Mil Días”. La mayoría de las escuelas cristianas fueron víctimas de la persecución y las otras vegetaron en la confusión. El Instituto de los Hermanos forma cuerpo con la Iglesia y, como ella, sufre las mismas pruebas. Así ha sido desde su fundación; citemos las más graves: las de la Revolución Francesa, la laicización de los años 1880, las leyes anticongregacionistas de comienzos del siglo XX, entre otras. Fuera de Francia, el proceso ha sido idéntico: un tiempo de prosperidad y luego la persecución, a menudo acompañada de la clausura de escuelas. Así hemos registrado los acontecimientos de Cuba en 1962, que provocaron la expulsión de todos los hermanos educadores. No obstante, ¡el Señor vela! La Iglesia de Nuestro Señor sufre persecución, pero no muere: *Fluctuant nec mergitur*.

En 1904, los hijos de San Juan Bautista de La Salle, establecidos en este



*Busto en bronce de mons. Herrera, arzobispo de Bogotá,
esculpido por el hno. Benjamín.*

país desde hace menos de 15 años, contaban ya con nueve casas y 65 hermanos, de los cuales 36 eran franceses. Los cohermanos exilados de Francia, a raíz de las leyes liberticidas, estuvieron encantados por la buena acogida de los habitantes y por la alegría de aquellos con quienes venían a compartir el apostolado. Además, se entregaron en cuerpo y alma a su noble misión, y varios, alcanzados por la edad y la enfermedad, escogieron morir allí, honrados como colombianos de origen.

Elogio de los hermanos Jourdon proveniente de fuentes diversas.

Citamos primero el testimonio de algunos de sus cohermanos, a su vez misioneros en este país: el hno. Andanson, fallecido en 1976 y quien ejerció su actividad misionera en Colombia de 1906 a 1929; él conoció mucho a los hermanos Jourdon. Aquí tienen extractos de una carta que dirigió al sobrino, el hno. Enrique Carlos, subdirector de la Escuela del Sagrado Corazón de Riom, el 20 de septiembre de 1965:

Acabo de recibir el libro editado en Colombia con ocasión del 75 aniversario del establecimiento de los hermanos en este país. Me complace hacer una reseña para usted y hacerlo partícipe de mi alegría de antiguo misionero compañero de sus tíos en Colombia. He notado el papel eminente que han jugado allá durante los 30 años de mi permanencia.

... La figura más joven, el hno. Geric, llamado Benjamín, ofrece particularidades tan nobles y notables que yo he contraído el deber de reconocimiento de describírselas. Traduzco para usted los pasajes más característicos concernientes al Instituto Técnico Central que recuerdan las grandes cualidades morales e intelectuales de este tío tan hábil en escultura, arquitectura, moldeado y dibujo. He podido admirar su obra maestra de orfebrería, la corona que fue puesta en la cabeza de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Colombia, en el momento de su coronación en 1919. Se trata de una obra de arte extraordinaria de la que su tío no habla nunca, por una modestia digna de elogio.

Estoy feliz de enviarle este resumen cuya lectura le hará pasar momentos de dulce emoción...".

Por otra parte, el hno. Durantón (Genebaud María), otro misionero francés radicado en Colombia durante más de 69 años y vuelto a Francia en 1978, escribía desde Bogotá al mismo hno. Henri Charles, el 29 de julio de 1977:

... Sus cuatro tíos fueron artistas, cada uno en el empleo que le fue confiado. El hno. Geric José, callado. Yo era un muy joven hermano y lo veía trabajar en el jardín; sus céspedes eran obras de arte. Viví un año con el hno. Geric María en la Escuela Normal. Era ecónomo y más tarde acudí a él para unos injertos; con él todo se lograba. Se decía que tenía dedos de hada.



El Instituto Técnico Central de Bogotá, construido por el hno. Benjamín.

... Viví más tiempo con los hermanos Noel y Benjamín. El hno. Noel, ecónomo en un internado de más de 200 internos, admitía esta idea corriente de los padres, a saber, que la alimentación es tan importante como los estudios, si no más. Si el niño está bien nutrido, se le puede pedir trabajo. Con esta perspectiva, la comida en el internado de los hermanos era cuidada; la casa servía con bastante frecuencia banquetes a altas personalidades de la ciudad: el presidente de la República, el nuncio apostólico, el arzobispo mismo, y todos salían encantados de la recepción. En cuanto a los antiguos alumnos, no callaban los elogios: “Es la obra del hno. Noel”, decían.

¡El hno. Benjamín era el arquitecto, el escultor! Estas dos artes exigen el conocimiento del dibujo, y el instituto le debe numerosos trabajos, planos previos para las diversas construcciones de escuelas y numerosas estatuas de santos o santas, de Nuestra Señora de Lourdes, bustos de hombres célebres y de benefactores, entre otros, el de mons. Herrera, arzobispo de Bogotá.

Además de la construcción del Instituto Técnico, el hno. Benjamín dirigió la construcción del Instituto de la Salle, después de haber trazado los planos... Contribuyó a que se hicieran importantes economías, aportando así su concurso de artista, no solo a los distritos colombianos, sino también a los curas que venían con frecuencia a consultarlo para el mantenimiento de sus iglesias. Tal vez entonces no se cuidaba lo suficiente, pese a que hubiera debido seguir un régimen alimenticio.

Vi morir a muchos cohermanos, incluido este misionero, pero es quizá el hermano Benjamín el que más he sentido, porque era a la vez un educador y un constructor muy consciente de las exigencias de nuestras edificaciones escolares.

La reseña del hno. Andanson, en religión hno. Gervin Emile. La obra cumplida en Colombia por las escuelas cristianas en la primera mitad del siglo XX se debe, en buena parte, a los discípulos de San Juan Bautista de la Salle expulsados de Francia por un gobierno sectario.

Entre los obreros de este periodo, podemos citar a los cuatro hermanos Jourdon, consagrados en gran manera a la prosperidad de las escuelas que la Guerra de los Mil Días casi destruye. Los tres mayores fueron durante más de 30 años los puntales respectivos de la Escuela Normal, del Instituto Técnico y del Colegio de La Salle, no a título de maestros, sino por sus trabajos y su infatigable dedicación. El más joven, el hno. Benjamín, verdadero genio, dotado de talentos varios, dio un vigoroso impulso a la educación nacional. Sus sucesores la intensificaron y la mantuvieron a la altura de la pedagogía moderna.

Este religioso humilde y modesto debutó en 1905, en el Orfanato San José, fundado en 1896 por el hno. Lediberien, para la educación de los niños pobres abandonados. Esta casa se convirtió enseguida, por un decreto del 19 de marzo de 1904, en la Escuela Central de Artes y Oficios o Instituto Técnico Central. El director, hno. Genefort Ireneo, se rodeó de un equipo de hermanos venidos de Francia, instruidos, llenos de entusiasmo y muy conocedores de los programas técnicos. Por su parte, el hno. Benjamín tuvo la dirección de una de las secciones especializadas; bajo su orientación, los alumnos hicieron progresos rápidos y, al fin del año, el jurado que presidió los exámenes declaraba: “¡No creemos encontrar en otra parte maestros y alumnos que puedan rivalizar con estos!”.

En la exposición de 1910, que tuvo lugar en Bogotá para el primer centenario de la Independencia Nacional, la Escuela de Artes y Oficios obtuvo varios premios. Tales triunfos le valieron las subvenciones oficiales para equiparse con las máquinas necesarias para un mejor funcionamiento de los talleres, pero también despertaron los celos de sectarios que expandieron calumnias y mentiras para amotinar al populacho contra la escuela. Los alumnos, prevenidos a tiempo, resolvieron defenderse e hicieron abortar el motín. Estos incidentes tuvieron como resultado provocar la simpatía de los buenos por los hermanos que formaban en sus establecimientos directivos y obreros calificados.

Viendo el desarrollo de las Escuelas de los Hermanos en la capital, las autoridades resolvieron subvencionar los estudios de algunos de los mejores profesores. Fue así como pusieron los ojos en el hno. Benjamín, aún joven y susceptible de aprovecharlos, por lo cual le ofrecieron un viaje de estudios a Europa. Los superiores estuvieron de acuerdo y nuestro cohermano partió hacia una larga estadía en Bélgica y en Francia. Permaneció dos años escolares en nuestra Escuela San Lucas de Bruselas, donde obtuvo el diploma de arquitecto y se especializó en bellas artes.

Vuelto a Colombia, se le pidieron numerosos trabajos de especialista, en diseño, arquitectura y escultura. El más apreciado hasta entonces había sido el cincelado de la corona de la Virgen de Chiquinquirá, venerada en el este del país. Pero, adicionalmente, esculpió numerosas estatuas y bustos de hombres célebres, se habla de una veintena, lo cual le valió un renombre creciente.

Las felicitaciones afluyeron, especialmente las de los artistas de la época, como el maestro Hardy, de origen belga, y el maestro Rodríguez Belo, de origen español. En los talleres del hermano artista se podía ver, hasta en sus últimos años, bustos, moldes en yeso y numerosos diseños que habían servido como modelos a los alumnos.

Entre estos últimos, varios gozan de gran notoriedad. Esto es lo que de-

clara uno de ellos, el maestro Alberto Acuña, director del Museo Colonial: *Después de nueve lustros, conservo presente en el espíritu y en mi corazón el recuerdo de este maestro incomparable, mi iniciador y mi guía en la escultura; escultor, él lo fue, pero no de manera exclusiva, porque cincelaba los metales con una técnica impecable; diseñaba los planos y dirigía las construcciones con una seguridad y una consciencia de arquitecto consumado. Yo guardo un gran reconocimiento a este genio bueno y modesto que, para mí, permanece inolvidable.*

El hno. Benjamín fue un notable iniciador en este país que se desarrollaba poco a poco. Bajo su dirección se formaron arquitectos muy apreciados que han prestado y prestan todavía muchos servicios en la urbanización de las ciudades colombianas.

A su regreso de Europa, los superiores le confiaron la construcción de edificios más adaptados a la finalidad de los estudios, sobre todo el del Instituto Técnico. La Escuela de Artes y Oficios no era ya suficiente para el creciente número de estudiantes, además era difícil y oneroso mantener edificios tan viejos. Entonces, el arquitecto concibió planos modernos y grandiosos, dirigió la construcción y sorprendió por la osadía de sus proyectos. Como buen conocedor de la resistencia de los materiales, levantó los planos de un edificio de cinco pisos accesibles por amplias escaleras en cemento armado. Sin embargo, los arquitectos locales se sorprendieron y alertaron a las autoridades, que designaron una comisión de especialistas para examinar los trabajos. Pero todo esto fue para asistir al triunfo de este humilde hermano artista, quien demostró de primera mano a los constructores menos informados el valor de su obra. Él cargó de ladrillos la escalera incriminada, todavía revestida de su pesada capa, luego la hizo quitar en presencia de los ingenieros, para constatar que nada había pasado en ninguno de los escalones. ¡Este fue un gran triunfo! Sin saberlo, nuestro cohermano acababa de hacer un gran servicio a la arquitectura colombiana. Desde entonces, en la ciudad de Bogotá, convertida en una de las vastas aglomeraciones humanas, comenzaron las fundaciones de los grandes inmuebles que observamos hoy. Ahora bien, ¡esto sucedía hacia 1935!

La ciencia del arquitecto francés fue contagiosa y la imitación se propagó en otras grandes ciudades colombianas: Medellín, Cali y Barranquilla, en la costa atlántica. Los dos maestros ya citados, Hardy y Rodríguez, quisieron asistir a algunos de sus cursos y luego declararon: “¡Con semejante maestro, no puede haber allí más que excelentes alumnos!”.

El hno. Benjamín dirigió también la ampliación del Instituto de la Salle, del que había levantado los planos con su habitual competencia. Todo lo que se acaba de decir es ampliamente suficiente. Para concluir, citaremos el elogio del presidente de la República Marco Fidel Suárez, sobre la obra de los hermanos en su país:

¡Que Dios conserve a tales profesores en nuestro querido país, que tiene tanta necesidad de ciencia práctica y de valientes modelos de virtud y de amor verdadero y sincero a la patria!

El lector de buena fe concluirá alabando a la providencia por haber sabido sacar el bien del mal y, por medio del exilio de los religiosos franceses, acelerar la promoción cristiana humana y social de naciones y de pueblos que habían permanecido muy atrasados del progreso de la civilización .

Miradas retrospectivas

Ya tenemos numerosos vistazos sobre las actividades de nuestros cuatro hermanos Jourdon y sobre su apostolado en Colombia. Nos queda por precisar para cada uno de ellos lo que es más particular. En primer lugar, comenzaremos por el mayor, José.

El hno. Geric José. Se ha suministrado poca información sobre su noticia necrológica, aparecida después de su muerte en 1932. Sabemos que fue empleado en los oficios del temporal en los establecimientos de Guasca, Sesquilé, Pensilvania, Chiquinquirá, San Felipe y San Bernardo de Bogotá. En esta última residencia, se entregó durante diez años al cultivo de un vasto jardín, con tanto gusto como valentía, a pesar de su salud precaria. Fue callado y modesto, extraño a lo que no concernía a su empleo, y entregado a los ejercicios regulares. Alumnos y empleados hacen el elogio de este religioso que cumplía valientemente su obra, sin proferir jamás una palabra que revelara la fatiga o el disgusto. Absorto bajo la mirada divina en su laborioso trabajo de jardinero, rivalizaba con el trapista en modestia y recogimiento. Edificaba a los fieles, a tal punto que se vio a personas encomendarse a las oraciones del humilde hermano ecónomo.

En su familia, afortunadamente, se han conservado algunas cartas que caracterizan el espíritu religioso del santo varón. El 24 de junio de 1913, escribió de la Escuela de San Félix de Bogotá a una de sus hermanas en el país natal para dar noticias de los cuatro hermanos y anunciar la preparación del Congreso Eucarístico de Bogotá para septiembre. Noel estaba por entonces en el Instituto de la Salle, muy ocupado, a causa de los trabajos de acondicionamiento y del gran número de alumnos internos.

Asimismo, el hermano contó en dicha carta que, tras una misión que tuvo lugar en Medellín, otra gran ciudad del país, se había producido un milagro eucarístico: durante las cuarenta horas, estando expuesto a la veneración de los fieles, el Sagrado Corazón de Jesús se mostró radiando luz en la santa hostia, desde las 9 de la mañana hasta más o menos las tres de la tarde. Miles de fieles fueron testigos y uno de ellos, padre de familia cuyos hijos eran alumnos de los hermanos en Bogotá, lo relató de manera impresionante.

“¡Amémonos mucho y amemos a Nuestro Señor; visitémoslo en la iglesia y sobre todo recibámoslo por la sant comunión con la mayor frecuencia posible!”, concluye el buen hermano José.

Cuando estalló la guerra entre Francia y Alemania, en agosto de 1914, José tenía 40 años y sus hermanos menores estaban todavía en edad de llevar

las armas, pero el embajador de Francia en Bogotá hizo saber que los hermanos podían permanecer en el país porque ellos eran eminentemente útiles a la irradiación de Francia, por su apostolado en las escuelas, razón por la cual les dieron monedas auténticas para que no se inquietaran por su retorno al país natal. No obstante, José no regresó nunca, porque cayó enfermo en 1929, cuando los permisos de viaje habían sido concedidos a sus hermanos.

En el país natal, Antonio Jourdon y los cuñados Tardieu y Roquet fueron a la guerra. En diciembre de 1918, la madre Jourdon estaba aún en este mundo; José le escribió el 15 de ese mes para darle los saludos de los cuatro hermanos y manifestar su alegría por la victoria de Francia. Poco después, debieron enviar un poder para permitir los arreglos familiares.

Otra correspondencia conservada en familia nos enseña que los hermanos Jourdon fueron informados del deceso de su madre y de su hermano Justino. Fue evidentemente una gran pena para los misioneros no poder asistir para estas ocasiones, pero ellos ofrecieron el sacrificio y sus oraciones para que el Señor recompensara muy rápido a sus padres y los introdujera en el lugar de la felicidad, de la luz y de la paz.

José se sentía envejecer, a causa de los primeros ataques de una enfermedad que se lo llevaría siendo aún joven. Como siempre, este hermano daba noticias de sus hermanos: Noel se fue a descansar a Villavicencio, una tierra con clima más caliente que Bogotá, que se extiende entre las dos cordilleras, la Central y la Oriental, a 2.600 m de altitud.

Aunque siempre permanecía ocupado, nuestro cohermano se mostraba amable y su caridad lo llenó de indulgencia por el otro. Si alguna vez era testigo de una crítica, sabía apartarse de su reserva habitual para tomar la defensa de la autoridad. Con todo, decaía poco a poco, agobiado por la nostalgia del país natal, con sus padres muertos y sus hermanos autorizados para viajar. En agosto de 1929, Noel y Juan partieron y rehicieron la travesía del Atlántico para volver a la familia. En ese momento, José se encontraba en tal estado de agotamiento que fue transferido a la enfermería de Chapinero, en las afueras de la capital.

Su resignación y espíritu de fe fue motivo de edificación para quienes lo visitaban. Al regreso de Noel, después de la visita a la familia, su alegría era grande. Sin embargo, Benjamín, el joven hermano, se había quedado en Europa, gracias a una beca de estudios en Bélgica; y Luis partiría pronto. En la primavera de 1932, un síncope advirtió al paciente que la hora de la liberación se acercaba. Vuelto en sí, recibió con felicidad los auxilios que la Iglesia reserva a sus hijos a punto de dejar este mundo. Algunas semanas más tarde, su alma purificada en el crisol del sufrimiento se liberaba en una crisis de asma, rompiendo los obstáculos perecederos para recibir

la recompensa de una vida totalmente de trabajo, de fe y de humildad. Era el 4 de julio de 1932.

Nuestro hermano bien amado se durmió en el Señor, escribe Benjamín; su martirio de cuatro años de sufrimiento ha terminado y le habrá valido, no lo dudamos, una rápida entrada en el cielo. Si su alma tenía aún necesidad de purificación, no faltaremos en auxiliarla por nuestras fervientes oraciones. Sus tres hermanos unidos en la pena.

Firmado: Noel, Luis, Juan

El hno. Geric Noel. En las líneas que se le consagraron más arriba, hemos visto que Noel fue el primero en responder al llamado del Señor a la vida religiosa. Su espíritu de celo le inspiró pedir a sus hermanos seguirlo. Como por el conjunto de cualidades humanas tenía mucha influencia en familia, fue escuchado, totalmente como un ángel tutelar. Aquí estamos ahora en 1904, cuando comenzó el éxodo masivo de los religiosos docentes de Francia.

De la comunidad de Ussel, en Haute Corrèze, partió el hno. Noel en 1905; no hemos sabido los detalles de este gran viaje, ni el puerto de embarque, pero lo más frecuente, para América Central y América del Sur, era partir de Barcelona. Para llegar a Bogotá, en Colombia, necesitaban unos cincuenta días, sobre el océano primero, luego sobre las aguas del Magdalena, río veloz que se lanza en el Atlántico, para finalmente llegar, a lomo de mula, por las pendientes abruptas de la cordillera de los Andes.

El buen recibimiento de los habitantes y la alegría de los cohermanos los entusiasmaban a la llegada a este país que pronto se convertiría en su segunda patria.

Volvemos a encontrar al hno. Noel en el Externado San Bernardo de la capital, frecuentado por niños pobres. En esta época, después de la terrible Guerra de los Mil Días, el país se estaba levantando apenas de sus ruinas; los hermanos tuvieron que probar los rigores de la pobreza, pero con la ayuda de Dios, salieron victoriosos de estas dificultades. Al igual que sus cohermanos, nuestro hno. Geric no perdió la alegría ni la energía moral. El Señor sostenía en sus pruebas a los generosos misioneros y sus obras de apostolado iban desarrollándose en favor de una población cristiana y laboriosa.

El hno. Noel, como buen cocinero, destacaba en satisfacer a todos los comensales de la mesa comunitaria. Del externado pasó muy pronto al internado fundado por el arzobispo para los niños de clase media y más acomodados de la ciudad. La adaptación al clima del trópico no se hizo sin sufrimiento, para estos hombres venidos de una zona templada; la fiebre tifoidea, principalmente, alcanzó a nuestro cohermano y le proporcionó la

ocasión de practicar la paciencia, de manifestar su confianza en Dios y de sumirse a la providencia.

A sus cualidades de jefe de comedor se añadían aptitudes extraordinarias para la jardinería y la arboricultura. El horticultor formado en San Andrés de Clermont se ponía de manifiesto con bellos talentos; según la naturaleza del terreno y el clima de la zona, supo obtener excelentes resultados, sobre todo en el cultivo de la viña, de los fresales y de las orquídeas. Las Hermanas Carmelitas y Visitandinas de la capital acudieron a sus conocimientos y a su dedicación para poner en plena producción los jardines de su nuevo convento. Desde ese momento, le guardaron un verdadero culto de reconocimiento y se lo manifestaron muy a menudo, pero sobre todo en la última enfermedad de nuestro querido cohermano.

Entre tanto, los años trascurrían veloces. Los acontecimientos mundiales se sucedían trayendo penas y sufrimientos, especialmente tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Si bien cierto número de misioneros fueron mantenidos en el lugar por razón de su apostolado, con el beneplácito de las autoridades, ellos no sufrieron menos en su corazón y en su amor por el país natal. Los cuñados Tardieu y Rouquet, igual que Antonio Jourdon, estuvieron todos en la guerra; ahora bien, las noticias de Francia llegaban con un retraso considerable.

Tenemos una carta con fecha 10 de mayo de 1919, escrita por Noel a su mamá; podemos por tanto juzgar la calidad de su afecto filial y el interés que tenía por todos los suyos. No se olvidaba de dar noticias de sus hermanos, especialmente de Benjamín, cuyas obras de arte comenzaban a ser conocidas por los cohermanos y por las personalidades colombianas. Le escribía también a su hermano Antonio, establecido en la aldea de Montourcy, lo mismo que a su hermana Anaïs y al cuñado que explotaba la propiedad familiar de Leygues.

En los puestos ocupados por el hno. Noel, principalmente en nuestros grandes establecimientos de la capital, pero también, como para crear una distracción, en Sasaima en 1932, y en Cúcuta en 1939, hizo apreciar en todas partes su labor concienzuda y su dedicación admirable. Se ofrecía gustoso a prestar servicios con amabilidad, y su actitud fraternal producía una impresión beneficiosa.

Si el exilio de tales religiosos ha podido ser calificado de “desastre nacional” por el dr. Gustavo Le Bon, en su libro *La Psychologie de l'Éducation*, ese mismo suceso fue, en cambio, la ocasión de un florecimiento sorprendente de escuelas útiles en estos países de América Latina faltos de crecimiento cultural.

En la base de estos progresos, sirviéndoles de condición y de apoyo, debemos mencionar el espíritu de sacrificio y de consagración de estos re-

ligiosos. Así, ninguno de los hermanos Jourdon volvió a ver a los padres dejados en el país natal; José, el mayor, cayó enfermo teniendo el permiso de visitar la familia después de 25 años de permanencia en América; por su parte, Noel y Benjamín, obtuvieron dicha autorización en 1929; mientras que a Luis le llegó en 1931.

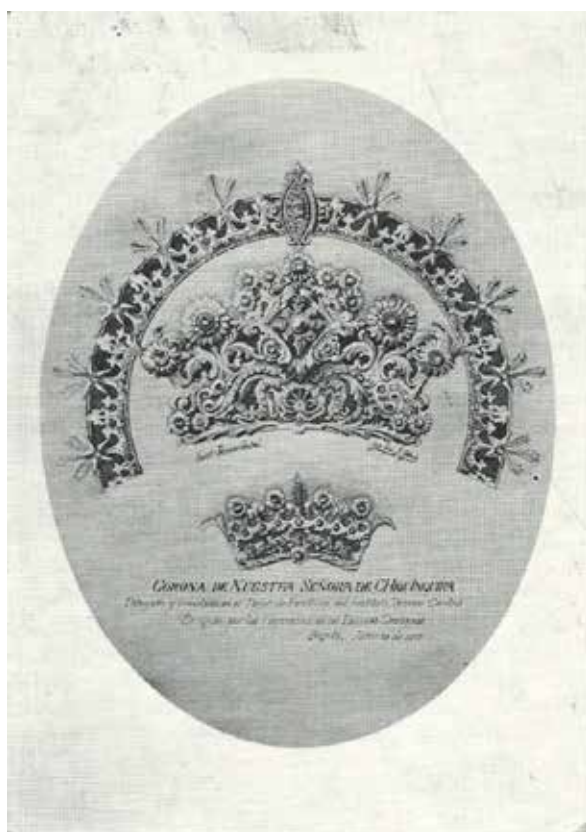
Los dos viajeros, Noel y Benjamín, partieron juntos de Bogotá el 22 de julio, dejando a sus hermanos la firme esperanza de que pudieran partir un poco más tarde. El 10 de agosto, se embarcaron en la costa Atlántica, en Sabanilla, cerca de Barranquilla, e iban a permanecer en el mar durante 10 días, sin ver tierra. Abordaron por fin España, en Santander, sobre la costa Cantábrica, y Francia en el Havre, hacia finales de agosto. Habían hecho su viaje en compañía de dos obispos colombianos, muy felices por un viaje ad limina a Europa, particularmente a Roma. No había aún la forma de viajar en avión; hoy en día, en menos de 24 horas se efectúa el mismo trayecto en un avión subsónico.

Los dos hermanos llegaron al país natal para la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora; se adivina la alegría recíproca por los reencuentros y la emoción compartida ante la tumba de los seres queridos que ya no estaban presentes. Fueron días de júbilo inolvidable e indecible que comprenden mejor aquellos que han podido vivir situaciones semejantes.

El más joven de los felices visitantes, beneficiario de una beca de estudios del Gobierno colombiano, no tardó en partir para ocupar su puesto en el Instituto San Lucas de Bruselas. Durante sus dos años de estudios, escribiría con frecuencia y regresaría, además, en compañía de su hermano Luis, venido de América en 1931. En cuanto a Noel, después de haber hecho varias peregrinaciones en Francia, Lourdes, Lisieux y Reims, y tras seguir los ejercicios de un retiro en Tillois, cerca de Reims, se despidió de la familia y tomó valerosamente el camino del regreso. Los duelos se multiplicaron y muy lejos del país natal, él ofrecería al Señor la pena sentida y su oración ferviente por los seres queridos fallecidos.

El 5 de diciembre de 1929, zarpó del Havre para retomar, en la Escuela Normal de Bogotá, su tarea interrumpida por una justa causa.

La visita al país le había permitido reanudar con los suyos las relaciones un poco distendidas y, sobre todo, conocer a sus sobrinos y sobrinas. En adelante, escribiría más a menudo, sobre todo después de la muerte de José, su hermano mayor. Tal vez, él se escribía más con su hermana de Leygues, que levantó una familia numerosa y de la que ha podido entrever una posible vocación en uno u otro de los hijos. Como hacía José, Noel aprovechaba su correspondencia para dar útiles consejos a sus sobrinos y sobrinas. Asimismo, utilizó el paso de uno de los hermanos asistentes por Colombia, el hno. Zacarías, para encomendarle un sobrino en quien él veía



Corona de Nuestra Señora de Chiquinquirá, obra del hno. Benjamín

ya su futuro en el Instituto. Y es así como, después de haber arrastrado a sus hermanos, activó igualmente la vocación de uno de sus sobrinos.

En 1933, el hno. Noel había dejado ya la escuela normal porque su estado de salud causaba inquietud; operado de várices, sufrió también una úlcera estomacal. Por algún tiempo, trabajó en la Procuraduría de Bogotá, lugar donde se encontraba el 31 de marzo de 1940, cuando escribió a su hermana Anaïs una carta muy bella, la que sería una de las últimas. En ella, particularmente, le daba los detalles para preparar la entrada de Juan María al aspirantado de los hermanos, además se enternecía sobre la suerte miserable de los refugiados que se multiplicaban en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Pero todavía no ocurría el desastre de mayo de 1940!

Escribía Noel por segunda vez el 28 de julio, cuando la radio había hecho saber por todas partes la humillación de Francia; su hermano Antonio estaba viudo desde 1931 y su sobrino de Montourcy conocía el reclutamiento y la cautividad. María, su hermana, murió en 1940, y su hermano Benjamín, el 16 de diciembre de 1942, lo que dejaba a Noel a la cabecera de la familia.

La obediencia iba a enviar de nuevo al hno. Noel a la residencia de Sasaima, cuando un recrudecimiento del mal que lo atormentaba lo condujo a nuestra enfermería de Chapinero, en los suburbios de Bogotá. Los medicamentos más fuertes y los cuidados más diligentes no pudieron dar razón del mal. Tranquilo y resignado, el enfermo se preparó suavemente para la muerte que entreveía próxima.

Le declaró a su hermano Luis que vino a verlo: “Estoy enteramente sumiso a la voluntad de Dios; si otros piden la prolongación de sus vidas, yo no; ¡me siento muy a gusto de abandonar este mundo!”. Si se quejaba, era de no poder rezar como él hubiera querido. “La medida que usen para medir la usarán con ustedes” nos enseña la Sagrada Escritura. Él había asistido al lecho de muerte de sus hermanos José y Benjamín, era justo que fuera asistido a su vez, lo que sucedió en efecto. Bien preparado para la recepción de los sacramentos, se durmió apaciblemente en el Señor el 12 de enero de 1945, a la edad de 75 años y a los 40 de profesión perpetua.

El hno. Geric (Benjamín - Juan). Hemos ya largamente comentado sobre este cohermano, el más joven y el más brillante de los Jourdon. Hemos considerado sus obras y reportado lo que han dicho sus cohermanos de misión y algunas de las personalidades colombianas. Pero es instructivo cuanto edificante mirar su vida religiosa y sus relaciones familiares.

Sabemos que terminado su escolasticado en la Casa Madre, solicitó su partida a ultramar, y la obediencia lo destinó, como a sus hermanos, a

Colombia. Llegado a esta tierra lejana, permaneció algún tiempo en el escolasticado de Chapinero para familiarizarse con la lengua de Cervantes; luego, le confiaron una clase en el Instituto de la Salle de Bogotá; en la Escuela Normal laboró enseguida durante un poco más de un año. Vistas sus aptitudes para las artes, fue puesto en 1909 en la Escuela de Artes y Oficios, llamada a convertirse en el Instituto Técnico Central. Nuestro joven cohermano se encontró allí en su verdadero elemento.

El hno. Geric, llamado allá Benjamín, tenía un sentido artístico muy afinado, talento de familia heredado de algún ancestro que permaneció desconocido en la tierra natal. Pensamos en la aldea de Beilhac, de la comuna de San Simón, lugar de nacimiento de un pequeño pastor que los monjes de San Géraud acogieron en su monasterio de Aurillac y que llegó a ser el papa Gerberto, Silvestre II, el papa del año mil. Los caminos de Dios son insondables, nos enseña la Sagrada Escritura.

Los superiores aprovecharon la beca ofrecida a uno de sus mejores profesores para volver a enviar a estudiar a este hermano bien dotado y hacerle obtener el diploma de arquitecto, pero no para colgarlo en la galería, sino por necesidad, porque se necesitaba construir escuelas en todas partes donde los hermanos se establecían en este país de América. El hno. Benjamín ingresó entonces en la Escuela San Lucas de Bruselas, en Bélgica, y partió con su hermano Noel en agosto de 1929. Sus primeras visitas fueron, evidentemente, para la familia; en el gozo muy legítimo de los reencuentros, llegaron en septiembre para las fiestas de la Natividad de Nuestra Señora, muy honrada en esta región, particularmente Nuestra Señora de Quézac.

Debieron contar sus recuerdos y sus impresiones de este país lejano, las alegrías de su apostolado, las penas padecidas y los dolores experimentados por la muerte de los padres y la larga ausencia de la tierra natal. Por supuesto, transmitieron las noticias del mayor, retenido por una enfermedad, y de Luis, hábil horticultor y cocinero. Para interesar a parientes y amigos contaron historias de cacería. Cómo no mencionarlas aquí, esas historias en que José se distinguía particularmente con Noel, por la caza de los jabalíes, especies de cerdos negros que viven en bandas numerosas hacia la desembocadura del Orinoco, uno de los grandes ríos que con el Amazonas versan sus aguas abundantes en el océano Atlántico. Y las historias de los jaguares, en las que se precisaba una habilidad extrema para darles muerte o capturarlos. Y esas historias de hormigas rojas, de boas domésticas, de serpientes y otros animales desconocidos en Europa, pero extendidos en las cordilleras de los Andes y a lo largo de los valles o de los precipicios de este país sumamente accidentado. Los dos ríos colombianos que drenan las aguas de sur a norte son el Cauca y el Magdalena, que se reúnen cerca de su desembocadura común hacia la gran ciudad de Barranquilla. Se adivina la atención de los jóvenes escuchando estas

historias realmente vividas por sus tíos de América.

José debió prolongar su estadía en Colombia sin poder volver a su tierra jamás, pues en 1930, no había aún los grandes aviones capaces de atravesar el océano en menos de 24 horas. En cambio, Luis, solo y con vivo dolor, realizó su primera y única visita familiar en 1931; no pudo traer a José, pues estaba demasiado enfermo para soportar el viaje.

En cuanto a Benjamín, durante estos dos años escolares (1929-1930 y 1930-1931) siguió los cursos de arquitectura dictados en San Lucas y encontró cohermanos venidos de América, como él, para aprender el oficio de arquitecto; allí fue discípulo del hno. Xanthe Jamme, misionero francés del vecino distrito de Caracas, Venezuela. Durante esos dos años vividos en Bélgica, el tío Benjamín vuelto a ser el Juan de sus años jóvenes, mantuvo relaciones familiares más frecuentes. Hizo también su pequeño recorrido por los diferentes establecimientos técnicos, en Bélgica y en Francia, como complemento de su formación.

El regreso del arquitecto se hizo después de la visita de Luis y su estadía en familia. La tristeza de ellos fue grande al no encontrar a sus padres ni a su hermano Justino. La terrible guadaña había pasado por allá, haciendo cortes sombríos; en cambio, sobrinos y sobrinas les sonreían numerosos, en Leygues y en Montourcy.

Vuelto a Colombia, el hno. Benjamín, provisto de su diploma, retomó su puesto en el Instituto Técnico de Bogotá, continuó su vida sencilla y sumisa, sin demostración de vanagloria. Obviamente, los superiores quisieron aprovechar la ciencia y la habilidad del artista. Ya vimos que él diseñó los planos y métodos importados de la Escuela de San Lucas; dirigió igualmente los trabajos del Instituto de la Salle, ese magnífico establecimiento que fue incendiado en 1948 por los revolucionarios; elaboró numerosos bustos y estatuas talladas por sus manos expertas, una veintena, afirman sus cohermanos; y cinceló la corona de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Colombia, su obra maestra.

Tales trabajos habían contribuido a su renombre sin hacerle perder la modestia. Vivió absorbido en su trabajo sin tregua, aparte de sus ejercicios religiosos y los desplazamientos necesarios para el ejercicio de sus funciones. No buscaba de ninguna manera exhibirse o vanagloriarse de su trabajo de especialista. Uno de sus mejores amigos ha podido declarar:

Sorprenderé mucho afirmando que, a pesar de nuestras numerosas conversaciones sobre las bellas artes, no he sabido nunca, durante su vida, que él había sido el tallador de la bella corona de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Ni una sola vez hizo alusión a esta obra artística. Él buscaba cubrirse con el velo del olvido y de la humildad.

Y, sin embargo, nuestro valeroso cohermano habría podido hacerse en Colombia una brillante situación, ganar de 1.000 a 1.500 dólares al mes antes de 1939, de lo cual él no se beneficiaba.

Cómo no subrayar ese bello ejemplo de ciencia y de virtud que podría ser un émulo del santo y sabio hno. Héribaud José, el célebre botánico originario de Boisset, importante comuna de la Châtaigneraie. Debemos resaltar en él una gran caridad fraterna, al mismo tiempo que su culto a la autoridad. No buscaba hacer prevalecer sus ideas, sus proyectos, incluso sobre los de los superiores; elaboraba planes, los proponía, los rediseñaba en caso necesario y los sometía algunas veces a sus antiguos alumnos, quienes, evidentemente, no cambiaban nada. “¡Él es nuestro maestro!”, decían, “¿cómo podremos hacer algo mejor?”.

De sus relaciones familiares ha quedado cierto número de cartas en la familia, sobre todo aquellas escritas durante su estadía en Bélgica, entre 1929 y 1931. Se resalta la facilidad de su estilo y el afecto benevolente por todos los de su parentela, dando a cada uno los consejos apropiados. A ejemplo de Noel, jugaba el papel de ángel guardián de la familia; sus cartas, las más numerosas, son conservadas preciosamente como reliquias. Ellas describen su segundo invierno en Europa, en las brumas de Flandes: la enfermedad y muerte de Josefina, esposa de su hermano Antonio en abril de 1931; la llegada de Luis a París el 31 de julio; y la reunión familiar con su hermana María para visitar la capital y la exposición; en fin, la llegada a su tierra natal el 3 de septiembre.

La carta del 5 de noviembre cuenta el retorno de los viajeros a su puesto misionero. Partidos de Barcelona el 25 de septiembre, arribaron a Bogotá el 25 de octubre. Ninguno de los dos sufrió mareo, pues el mar permaneció en calma, salvo entre Santo Domingo y La Guaira, el antepuerto de Caracas. Traían con ellos a diez jóvenes hermanos, de los cuales seis iban para Venezuela y cuatro para Bogotá.

A su llegada, se apresuraron a ir a ver a su hermano José. Lo encontraron muy debilitado y reducido a la cama. Para ellos, era todo tristeza, pero para su hermano mayor, rayos de alegría brillaron en sus ojos apagados y una reanudación de vida lo animó por un tiempo. Como hemos visto, resistió hasta el 4 de junio del año siguiente. En cuanto a Noel, vuelto de Europa dos años antes y mudado al Instituto Técnico, había encontrado allí a los dos viajeros, y juntos revivieron los recuerdos de la familia.

Desbordado por sus múltiples trabajos, Benjamín escribió un poco menos y dejó esta preocupación a su hermano Luis. Acosado por peticiones externas, no tuvo muy en cuenta su salud, lo que le haría una mala jugada. Prudente y bueno, ganó la simpatía de sus empleados y obreros a su servicio; piadoso y cumplidor de la regla, se conformó a su exacta observancia;

y como amigo del silencio, evitó el ruido y la charlatanería.

Sus antiguos alumnos lo tienen en alta estima; los artistas más seguros en arquitectura se complacen de resaltar el gusto delicado y el terminado de sus concepciones. Sin embargo, este hombre tan expuesto a las felicitaciones y a las tentaciones de orgullo, amaba vivir ignorado del público, poco conocido de sus hermanos en religión. Buscado por su compañía muy amable y sus conocimientos artísticos, no se entregaba sino con medida, pero con una bonhomía exquisita y una gran sencillez. Muy amablemente, estaba a la disposición de sus jóvenes cohermanos para aclarar toda cuestión relacionada con su dominio. Los superiores tenían la necesidad de empujarlo, de animarlo para hacerlo emprender y llevar a buen fin producciones admirables.

Haríamos mal en no citar lo que se ha dicho de él en el memorial del 75^o aniversario de los hermanos en Colombia (1890-1965):

El hno. Benjamín fue expositor en arquitectura y en las bellas artes en las que era verdadero genio [...] dejó obras de mucho mérito: los planos de los edificios del ITC, en cuya ejecución probó a los ingenieros de Bogotá las cualidades de resistencia que tiene el cemento armado, prestando con ello gran servicio a la capital; la estatua del Niño Jesús y el busto de san Juan Bautista de la Salle, dos obras suyas de mucho mérito; la corona de Nuestra Señora de Chiquinquirá, que recibió la patrona de Colombia, en el primer Congreso Mariano Nacional, en la Plaza de Bolívar; esta fue la obra artística más bella salida de sus manos.

Cuando este querido cohermano cayó gravemente enfermo en diciembre de 1942, a consecuencia de una úlcera estomacal descuidada demasiado tiempo, estaba en el Instituto Técnico. Su hermano Noel se encontraba en la Procuraduría, y el domingo 13 de diciembre de 1942, pudo asistir al sacramento de unción que recibió el enfermo al final de la tarde en presencia de una decena de hermanos. “¡Estoy listo, rueguen por mí!” dijo varias veces. El miércoles siguiente, 16 de diciembre hacia las 10 de la noche, entró en la eternidad. El segundo de los hermanos Geric, Noel, quien le había abierto las puertas de la vida religiosa, lo asistía en sus últimos momentos y le cerró los ojos. El difunto no tenía sino 57 años.

Aunque prevista, esta noticia causó profunda impresión en el Instituto Técnico, donde los maestros y alumnos lo consideraban como un artista notable y un religioso ejemplar. Sus restos mortales fueron conducidos a Chapinero y depositados en el panteón de los hermanos.

El hno. Geric María (Luis). El tercero en edad, debido a su entrada tardía al instituto, no había podido hacer los estudios que le permitieran ser docente. Ya en Francia, había sido destinado a los trabajos manuales, era un excelente cocinero, al mismo tiempo que experto en jardinería y horticultura.

Con toda naturalidad recibía un oficio semejante desde su llegada a Colombia. Sabemos que, en todo establecimiento humano, la primera condición incluye la subsistencia: *Primum vivere nos* advierte el adagio latín. El hno. Geric María ejerció allí las humildes y meritorias funciones de cocinero, primero que todo y por largo tiempo en la Escuela Normal. Este establecimiento acababa de ser confiado a los hermanos; pronto tuvieron allí a 75 jóvenes destinados a la carrera de institutor público del Estado. Los estudios comprendían un ciclo de cinco años, con clases de experimentación y lecciones de pedagogía práctica en una escuela de 250 alumnos, anexa a la Escuela Normal. Los resultados obtenidos por los hermanos fueron notables. En la Revista Internacional de Educación leemos:

En la Escuela Normal de Bogotá, los hermanos formaron centenares de maestros que fueron excelentes educadores en las escuelas del Estado. Algunos de ellos accedieron al grado de inspectores de dichas escuelas; otros llegaron a ser excelentes profesores de la enseñanza secundaria.

Nuestro cohermano, activo y robusto, conservó este puesto largos años, hasta el cierre del establecimiento por parte del gobierno liberal en 1935. Este es el testimonio de un cohermano:

Vi al Hno. Geric María en acción durante siete años. En 1911, tenía la responsabilidad de los empleados y de la huerta. Siempre fiel a su puesto, seguía bien a sus empleados, vivía con ellos y los supervisaba sin demostrarlo. Si alguno de ellos llegaba a faltar, lo remplazaba provisionalmente. Nunca llegaba tarde a su servicio, lo cual sorprendía tanto más cuanto que no tenía reloj en la cocina. Las comidas eran bien preparadas y bien presentadas; había que hacerlo, porque los jóvenes constituían una selección entre los alumnos de las escuelas.

Los días de asueto, en vez de ir a paseo, trabajaba en el jardín. A pesar de su valentía, la fatiga lo derribaba a veces y se le encontraba dormido, pero se podía estar seguro de que el oficio estaba ya hecho. Buen cohermano, sabía responder con finura a las bromas amigables. Era muy observador, tenía el juicio seguro del campesino de Auvernia. Los normalistas lo estimaban y no salían a vacaciones sin despedirse de él.

Como encargado de las compras, rendía exactamente sus cuentas al hermano director y no gastaba nada sin autorización. Guardaba mucha prudencia para proteger la virtud, no mantenía relaciones inútiles y reservaba sus únicas salidas para el mercado. En cuanto a la obediencia, debemos alabar su respeto al hermano director y su docilidad a las órdenes recibidas. Si se ha podido sorprender alguna murmuración, no era contra la autoridad sino a causa de las exigencias injustificadas de unos o de otros en el establecimiento.

Este hermano admirable llevó una vida de labor, fecundada por la oración y los ejercicios religiosos, incluida la misa cotidiana, y eso durante un cuarto de siglo. A duras penas una grave difteria, complicada con disente-

ría, logró detenerlo. Permaneció algún tiempo en su habitación y recibió el sacramento de los enfermos, pero los buenos cuidados de los enfermeros se lo arrebataron a la muerte. Otros achaques de salud lo alcanzarían en el curso de su larga vida, de suerte que recibió varias veces la unción de los enfermos, pero el árbol era sólido y, después de cada tempestad, recuperaba vigor.

Así trascurrieron los años, desenrollando sus diversas peripecias, en periodos a veces trágicos, a veces tranquilizantes. La Primera Guerra Mundial hizo sentir sus desastrosos efectos en la economía del país; los cambios políticos tuvieron también repercusiones en las escuelas. En 1935, los liberales retomaron el poder y les quitaron la Escuela Normal a los hermanos. Fue esta la ocasión para cambiar a nuestro cohermano, quien fue entonces puesto en el Instituto San Bernardo, donde funcionaba también un internado. Allí fue responsable de lo material: cocina y jardín.

Con los años acumulados y las enfermedades agravadas, con hinchazón de las piernas, úlceras varicosas y debilidad cardiaca, el querido hombre, único de los Jourdon después de 1945, sería enviado a nuestra Casa de Retiro en Chapinero. Allí trabajaría en el jardín, según sus posibilidades, y recibiría los cuidados convenientes del hermano enfermero.

Después de que sus hermanos hubiesen dejado este mundo, durante los doce años que él sobrevivió siendo último, sus relaciones familiares fueron más frecuentes; eran sobre todo más rápidas, debido a la introducción del servicio postal aéreo. Además, habiendo visitado la familia en 1931, había gustado, después de una larga separación, de la dulzura de los afectos humanos. No obstante, parece que la razón dominante de estos correos más numerosos había sido la entrada en religión de un sobrino que se hizo hermano de las Escuelas Cristianas, enteramente feliz de escribirse con el único tío de América que hubiera conocido.

La correspondencia del misionero se dirigía sobre todo a su hermano de Montourcy y a la familia de Leygues. El viejo tío contaba su vida de jardinero y de ecónomo; se interesaba por la nueva generación y animaba a los que eran probados por la enfermedad y preparaban su carrera, en el seno de un mundo que no cesaba de evolucionar. Luego, la mayoría de la correspondencia sería dirigida al sobrino, quien era verdaderamente el lazo de unión, después de su noviciado, hecho en Moulins entre 1946 y 1947, al día siguiente de terminada la Segunda Guerra Mundial.

El querido tío contaba gustoso los acontecimientos de este país lejano, los disturbios revolucionarios de 1948 que causaron el incendio del Instituto de La Salle, los motines de julio de 1949, el desarrollo de la metrópolis colombiana, el Congreso Eucarístico de Cali, la beatificación del hermano Benildo en 1948 y la visita de los superiores mayores a América, eventos

que proporcionaron también alimento a esta diversa correspondencia.

En Chapinero, a partir de 1951, el buen hermano estaba en la enfermería, pero trabajaba en el jardín cuando se sentía bien. Los hermanos estaban instalados en una gran propiedad que incluía vastos potreros, que era necesario transformar y valorizar. Entonces, nuestro septuagenario quería tomar parte en el trabajo y decidió entonces tomar la carretilla, como todo un joven. Muy pronto, surgirían allí bellos jardines, donde rosas y bellas flores atraerían a jóvenes y viejos. El hno. Geric se había convertido en un as del injerto, por lo cual resultaba extraño que fracasara en esta delicada operación. Lo más frecuente era que trabajara solo, pero cuando sentía fatiga, se retiraba a la cocina, se sentaba en un rincón y controlaba la preciosa olla donde se preparaban infusiones y bebidas. Se convirtió así en un maravilloso “yerbatero”, gran conocedor de la virtud de las plantas. Con todo, no lograría curar su hinchazón de piernas, debida sobre todo a problemas de circulación, enfermedad que lo hacía sufrir, tanto así que muy pronto tuvo que guardar cama. Sin embargo, inmediatamente retornaba a sus trasplantes, a sus carretillas y a sus maravillosas rosas, se notaba una gran mejoría.

Llegó el día en el que, confinado en su habitación, ya no era capaz de cuidarse solo; su prueba se prolongaba. Durante estas horas dolorosas, se esforzaba por mantener su corazón en Dios; desgranaba su rosario, pues, es preciso decirlo, el tentador buscaba sembrar el miedo en su alma. El bravo hno. Geric olvidaba los 60 años pasados al servicio de los hermanos y los 52 de vida misionera en un lejano país de América, con una sola visita a su parentela de Auvernia.

El 14 de julio de 1957, se había hecho una procesión del Santísimo Sacramento en el jardín del noviciado; las rosas del hno. Geric habían contribuido al esplendor de la ceremonia. El feliz anciano había comulgado, por supuesto, con fervor.

Dos días después, hubo una nueva fiesta, en honor de Nuestra Señora del Carmen. Hacia mediodía, el hermano enfermero le llevó a la habitación su ligero almuerzo y lo dejó un momento. A su regreso, algunos instantes más tarde, el querido hermano estaba tendido en su cama, moviendo las manos y recitando avemarías. En poco tiempo y sin agonía, con una muerte muy suave, el buen anciano dejaba este mundo, como un niño que se duerme en los brazos de su madre.

Tuvo flores, muchas flores alrededor de su féretro, pero ¿qué podían ellas aportar a la felicidad del querido desaparecido? ¡Nuestra Señora había acogido a su hijo predestinado en el día de su fiesta! Los cuatro hermanos Geric, los cuatro Jourdon, misioneros de Auvernia en la Colombia grande, habían perseverado: ¡todos los cuatro acababan de encontrarse en la casa del Padre!

¡Laus Deo!

— Epílogo —

Legado el fin de esta evocación, el redactor reconoce la insuficiencia de su texto para exponerle al lector interesado el mérito de estos años entregados al Señor y el valor de su vida consagrada a Cristo Salvador en país de misión. Al menos ha ensayado sacar de la sombra a algunos de estos religiosos, eclipsados para la mayor parte de los ojos del mundo, valientes obreros de la educación cristiana de la juventud, que han osado expatriarse en una época dolorosa de nuestra historia. ¡Que este modesto trabajo, sin pretensión alguna, honre la tierra natal y la familia de estos apóstoles, dejando plenamente esperar, en un próximo futuro, que otros obreros retomen la antorcha caída de sus manos!

En la fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 1979.

Hno. Genest J. Archer
Redactor de las noticias necrológicas
del Instituto de los HH. EE. CC.

Tabla de materias

INTRODUCCIÓN	5
• Cuatro hermanos de Auvernia	
• Misioneros en Colombia	
• Los hermanos Jourdon	
• De las Escuelas Cristianas	
PRELIMINARES	7
• CAPÍTULO I: LA TIERRA NATAL	9
Los orígenes	
Vocaciones en cadena	
• CAPÍTULO II: ANTES DEL EXILIO DE LOS CUATRO HERMANOS	15
El hermano Geric José	
El hermano Geric Noel	
El hermano Geric María (Luis)	
El hermano Geric (Benjamín)	
• CAPÍTULO III: LOS HERMANOS JOURDON EN COLOMBIA	21
Recuerdo histórico	
Elogio de los hermanos Jourdon proveniente de fuentes diversas	
La reseña del hno. Andanson	
• CAPÍTULO IV: MIRADAS RETROSPECTIVAS	29
El hno. Geric José	
El hno. Geric Noel	
El hno. Geric (Benjamín Juan)	
El hno. Geric María (Luis)	
EPÍLOGO	43